



O. C. Torres X

# LA LEYENDA DEL ECLIPSE

MADRID, junio 5 de 1900.

Señor director de LA NACIÓN:

No tenía más remedio que ir á Plasencia, á ver el eclipse, porque Dios sabe si volveré á coger otro... Eso es único en la vida, y allá nos fuimos, en la madrugada del 28 de mayo, un centenar de curiosos de Salamanca, entre los que abundaban los curas. Todo fué broma y buen humor en el trayecto. El uno mostrando su merienda decía: «aquí llevo mis aparatos de observación»; otro exclamaba: «con esto y con que no haya eclipse nos lucimos!» A lo que contestó uno de los curas con presteza: «no, no, eso no, nunca! la ciencia no se equivoca.» El cual cura no hacía más que sacar á cada momento un barómetro de bolsillo para decirnos á cuantos metros sobre el nivel del mar nos hallábamos y el termómetro para informarnos de la temperatura. Con la proximidad del eclipse sentíase sabio. ¿Y quién no?

Una vez en Plasencia no quise subir al cerro del Berrocalillo en que habían instalado sus aparatos los del observatorio astronómico de Madrid y algunas comisiones

o/

científicas inglesas; ¿para qué? La gente hablaba de los sabios que habían venido á honrar nuestro eclipse, pronunciando con cierto recogido énfasis lo de *sabios*. El sabio, sucesor del antiguo astrólogo, nigromántico y alquimista, es casi siempre un tipo raro que gana con ser extranjero; un hombre que lleva en la cabeza cosas que con no importarle á nadie pueden ser fuente de los adelantos que admiramos.

Almorzamos, y con un calor sofocante, ¡á la fiesta! El cielo se portaba; despejado y espléndido. Por donde quiera personas que probaban, mirando al sol, sus cristales ahumados. Llevábanlos unos en tubos de cartón, remedo de catalejos; algunos en una caja á modo de las que llevan los estereoscópos, en pirámide truncada. Un chichelo emprendedor improvisó un taller de tales aparatos, que fabricaba con dos placas de vidrio ahumándolas, uniéndolas por la cara del humo y sujetándolas con unas tiras de papel engomado; el eclipse le habrá dado á ganar sus primeras pesetas, revelándole de paso su vocación. Iban los grupos como de romería, con merienda muchos, con ánimo de jolgorio los más; á ver que tener que contar.

Subí yo con unos amigos á una altura y nos situamos junto á un peñasco que de un campo de centeno sobresalía; sobre una lancha extendimos una sabana. Y contemplando el hermoso panorama de aquellas montañas, esperamos. Cerca de nosotros

guadaban un campo unos segadores, indiferentes á la fiesta, sumidos en su labor. Un médico que con nosotros iba era el más preparado y el más cronómetro; decía de haber leído *algunos autorcillos*, que del eclipse se tratan.

Seguro estoy de que á más de uno nos quedaba cierto rastro de duda en un rincón del espíritu, rastro que ocultábamos con pudor. Porque la fe que en una ciencia tenemos los profanos es, después de todo, fe de carbonero, creemos que ella no puede engañarse ni engañarnos, pero ¿y sus sacerdotes? Las más de las personas cultas que creen á pies juntillas que la tierra gira, créenlo por autoridad y nada más. Y mientras el gusanillo de la duda trabajaba en el más recondito escondrijo de nuestra mente, parecíanos que el tiempo marchaba muy lento. La impaciencia nos inquietaba; el sol lucía desdeñoso á todo.

s/

A eso de las dos y media el médico de los autorcillos que se había estado reló en mano espionando la hora, enfoco su cristal ahumado exclamando triunfante: ¡ya está! Dirigimos los demás nuestros cristales y, en efecto, allá hacia donde corresponde en una esfera de reló la cifra de las cuatro, tenía el disco rojizo—visto á través del humo—una melladura. Sentimonos satisfechos; cada cual se dijo: ¡gracias á Dios! se ha portado la luna... acertaron los sabios... puedo creer á ojos ciegos en los sacerdotes de la ciencia. Y empezó un período de impaciencia.

Parecíanos que la sombra avanzaba demasiado lentamente; de rato en rato dirigimos nuestro cristal para observar su progreso, penetrados de lo solemne de nuestra posición. Acaso alguien presa aun de la duda, se decía: «¿y si la sombra se retira ahora y no hay más?» La luna en tanto avanzaba; al rato el disco solar pareció una bacía de barbero. «Ya va! ya va!» exclamábamos llenos de impaciencia. Al llegar á cubrirse cosa de la mitad del sol, como no se observara mengua perceptible en su luz y su calor, dijo uno: «ahora me convenzo de que con la mitad del sol nos bastaba, lo demás es lujo». Olvidaba que la parte cubierta seguía alumbrándonos y calentándonos. El disco solar parecía ya una media luna. Intenté mirarlo cara á cara, y noté en él algo extraño, pero el de los autorcillos me dijo: «cuidado con una midriasis solar». Y yo, que tengo la vista delicada y nada sana, aterrado por la palabreja, volví á mi cristal ahumado. Los segadores seguían guadando su prado, limpios, al parecer de nuestra impaciencia.

Empezó á advertirse la mengua de la luz; avanzaba un rápido crepúsculo sin que las sombras se alargasen; tomaban melancólico tono los objetos, como de luz eléctrica difusa; se levantó un viento fresco. Nos sentíamos penetrados de un indefinible sentimiento como ante un solemne oficio litúrgico de la naturaleza; íbamos á presenciar una cosa tal vez única en nuestra vida... única! Algunos buscaban con la mirada animales para observarlos. Apareció en el zenit Venus, y luego otras estrellas. Sobre la sabana tendida en la lancha empezaron á culebrar las anunciadas franjas volantes, ondas de sombra. Acercábase el momento





supremo; me temblaba el pulso; callábamos todos. Cuando quitó de ante los ojos mi disco ahumado al oír un «ya está», hallábase cubierto el sol, habiase totalizado el eclipse sin que hubiera visto el momento de la perla, que tanto me han ponderado. Resonaron en algunos grupos aplausos, tal vez a la empresa; era un escape de la tensión nerviosa largo tiempo contenida, era un desahogo. Nos sentíamos satisfechos.

Era como un crepúsculo cerrado, como a las ocho de la noche en este mismo tiempo y en esta zona; podía leerse a aquella luz eclipsal, y desde donde nos encontrábamos, a unos dos kilómetros de la ciudad, distinguíanse los edificios de ésta. En el cielo cinco o seis estrellas; el perfil de las montañas resaltaba como burilado en un cielo plomizo. Los segadores con la mano en la guadaña, miraban a la corona solar. Y la mirábamos todos, ansiosos, procurando grabarla y retenerla en nuestra imaginativa para poder contarla cuando digamos: vi el de 1900. Un anillo luminoso de donde brotaban resplandores desigualmente repartidos. Y todos con la conciencia de contemplar algo único en nuestra vida... único. Los sabios arrancándole en tanto secretos al sol. Esto duró como minuto y cuarto, minuto y cuarto de solemne suspensión de ánimo.

El destotalizarse el eclipse fue lo más hermoso. En el momento de empezar a retirarse el negro disco lunar, pareció como si un globo cercado de luminoso aro se rompiera por un punto y brotara por la ruptura un intenso líquido luminoso que blanqueó al instante al globo y empezó a rebasar y devorar los bordes del desgarrón. Fue una lucha de unos instantes, un torbellino de fulgores tornasolados y al punto no pudimos mirar ya al sol cara a cara. Volví entonces mi vista a los segadores y estaban ya guadañando de nuevo, sumidos en su labor.

Y sin esperar más empezó la gente a retirarse con cierta tristeza, con la laxitud que sucede a una expectación muy tendida, con la melancólica flojera que sucede en el espíritu, lo mismo que en el cuerpo, a un brevísimo acto de supremo deliquio largamente esperado y preparado. De cuando en cuando volviase alguno a mirar con su cristal ahumado como se retiraba la luna, pero eran pocos. Dudo que hubiera quien se esperase a ver el momento de la salida de la sombra, de la entera liberación del sol. Llevábamos todos cierto dejo de decepción en el fondo, como tras todo deliquio, diciéndonos: ¿y no es más que esto? ¡La visión única había pasado... y no volverá ya para los más!

Nadie notaba ya lo melancólico y extraño de la luz menguada todavía; otra melancolia nos lo vedaba. Algunos observaron entonces, no yo, la sombra de los árboles, a modo de cola de pavo real.

Y aquí empieza mi trabajo, porque fui a observar más que otra cosa, cómo se forma

la leyenda del eclipse. ¿Quién sabe si dispuesto a hacer la contraleyenda?

No se había retirado aún la luna de delante del sol, no había terminado el eclipse, cuando cuajaba ya su leyenda; ¿qué digo? venía ya cuajando de antemano. Yo ya no sé qué es lo realmente por mi visto y qué lo oído; dentro de poco habremos incorporado a nuestro genuino é inmediato recuerdo lo que hayamos leído del eclipse ó nos contarán los otros espectadores; al transcurrir de unos años, el aro luminoso flotará en nuestra memoria en una vaga penumbra de reminiscencias. Y entonces hablaré de los murciélagos que salieron, de los pájaros despavoridos en torno a los campanarios, del gallo cantando, de los polluelos recogidos bajo el ala de las gallinas, todo lo cual no he visto, sino que lo he oído contar.

¿Quién puede separar en sus recuerdos el núcleo primitivo y genuino, el que brotó de la impresión directa, de cuanto en torno de él ha ido cristalizando? En el momento mismo de recibir una especie, la recibimos sobre un lecho de complicada trama.

La prensa es la que más ha preparado la leyenda inflando el fenómeno, y así verificóse éste en pleno ambiente de leyenda, como todo suceso histórico. ¿Es que acaso sabemos lo que la realidad nos da y lo que a la realidad damos? Sacamos del mundo lo que en él ponemos y en él ponemos lo que de él sacamos; somos parte del mundo mismo. Nada más falso que el desgajarme como observador de lo observado, de lo que observo en mí y no fuera de mí.

Impresiones vírgenes no las había; todos iban más ó menos preparados a ver lo que les dijero, ó a no verlo.

Un amigo mío que había acudido con el principal objeto de interrogar luego a los otros acerca del fenómeno, me dijo en la estación lleno de desaliento: «ya no hay otros.» Yo recordaba aquello de Leopardi: ¿qué nos queda ahora que hemos despojado de su verdura a todo? Hubo, en cambio, quien en el momento de obscurecerse el sol, bajo el cielo ceniciento, oíó a humedad... ¡feliz olfato! ¡olfato poético!

A unas serranas que caballerías en sus mulas bajaban del guijo de la Granadilla, las pregunté por su impresión y me respondieron: «nosotras no entendemos... eso es para ustedes... pero ya se corría por el pueblo...»

«Nosotras no entendemos» es decir: aquí hay trampa, estas son cosas de los hombres leídos, de los que andan en papeles, esto lo preparan para su regalo los que nos explotan y de nosotros se burlan.

El efecto fué doble en el pueblo; unos bajo la influencia de la preparación exageraron sus impresiones, las deprimieron otros. No pocos lo recibieron con recelo, cavilando como es posible predecir eso; alguno lo creyó broma de mal género; cosa de mal agüero muchos. Ha habido quien para no ser víctima de una sofisticación de los señoritos y gentes de letras, se ha acostado a echar la siesta, resistiéndose con valor heroico a verlo. «Si, sí, sucederá algo, pero de mí nadie se burla...» Para





algunos era cosa de la prensa, culpable de todo; para no pocos un sacadineros; para los más de los rústicos, una tramoya preparada de acuerdo con misteriosas potencias por los que han sacado de sus embrujadas cabezas el telégrafo, el teléfono y el fonógrafo. Uno afirmó defendiéndose, que no era más que una nube; ninguno quería pasar por primo, pero todos se sentían poseídos de cierto supersticioso temor, no al fenómeno sino á los sabios que lo prepararon. A medida que deja de ser la naturaleza algo misterioso y demoníaco, algo temible y eleusino, va siéndolo la ciencia. A una superstición sucede otra. Ya no sorprende el eclipse ni aterra, pero sorprende é inquieta su predicción.

De lo que no tiene nada el eclipse, en efecto, es de terrorífico ni de imponente siquiera para quien lo espera y sabe respecto á él á qué atenerse ó cree saberlo. El relato que Alarcón hizo del del 60 es de pura fantasía. Yo no sé si será verdad eso de que ahora un campesino de Santarén, en Portugal, al verse sorprendido por el fenómeno, echó á correr dando alaridos y se arrojó á una laguna. El del 60 he oído que causó pavor en las campiñas, unos se hincaban de hinojos implorando perdón, otros se tendían cara á tierra; pero en estos cuarenta años la prensa se ha infiltrado por todas partes y á nadie ha cogido desprevenido el caso. Nos es, pues, imposible juzgar los apocalípticos terrores que en remotas edades infundían funciones tales en las almas henchidas de misterios de milenario. Ya Dios muy raras veces nos sorprende: le hemos superado á veces. He leído al siguiente día del suceso lo que el ilustre astrónomo Norman Lockyer—que ha venido á verlo—dice en sus preciosas *Elementary lessons in Astronomy* de los eclipses totales, y nos cuenta que son uno de los espectáculos más «terroríficos» que pueden verse, *one of the most awe-inspiring rights*. Y la verdad es que de *awe-inspiring*, de terrorífico, nada lo hemos encontrado. El terror procedía en otras épocas de la ignorancia y de la sorpresa. Y recordando el *primus in orbe deos fecit timor* (el temor fué quien primero hizo en el mundo á los dioses) me dije: los dioses se eclipsan... ¿volverán á lucir? Si lucirán otros, pero dioses al cabo y dioses de superstición; no se llamarán Júpiter, ni Saturno, ni Ormuz, ni Brahma, pero se llamarán átomo, y microbio, y célula, y cromosfera y fotosfera... tan dioses como los otros.

Echeagaray decía que á medida que el microbio avanza el diablo se retira. Yo creo que acabará el microbio por convertirse en un diablo, tan fantástico como el antiguo. La religión de la naturaleza que es, bajo el cristianismo puramente cortical, la que sigue viviendo en el alma del pueblo, será acaso sustituida por la de la ciencia, y lo es ya en muchos, pero sigue siendo tan religión como aquella, en todo, incluso en lo malo, en la superstición, si es que la superstición es algo malo, y no algo fecundo y grande como Coleridge creía. Hay que observar en qué actitud van las gentes pasar una locomotora, con qué tono dice el pro-

fano: «la ciencia enseña...» La ciencia es una superstición. No inquieta ya el ánimo el eclipse mismo, fenómeno previsto, pero inquieta á los más, dense ó no cuenta de ello, su predicción. «¡Qué exactitud de cálculos! Si parece brujería... el demonio tienen en la cabeza esos sabios...»

Volvíamos de Plasencia y al pasar de Béjar clavé mi vista en el poniente.

Habiase puesto el sol entre incendio de fulgores; sobre las nubes rojas, como ascua de oro, resaltaba la sierra, y mejor que sierra inmenso cuchillo mellado, de Francia (así se llama aunque bien lejos de la nación vecina), era un celaje que recordaba lo que debieron ser en las edades primitivas las coladas de mundos. La tierra celestializada glorificábase á mi vista. Y bebiendo ávido con los ojos aquella visión celeste, me decía: ve aquí, si tuviéramos un eclipse cada mes, acabaríamos por comprender como esa función, hoy única acaso en nuestra vida, es mucho menos imponente que una de estas gigantescas puestas de sol, en que sólo los poetas se detienen á apacentar su vista.

Volvíamos cansados, rendidos, dormitando, silenciosos. Un madrugón, diez horas de tren, el calor del día, la premura de las comidas, hasta el gasto... Yo pensaba: «¿y

esto es todo? me ha costado cuatro dures...? hay que sacarle cuarenta...» ¡Oh vil oficio que nos hace ver en todo materia explotable! No cuento lo que vi porque lo vi, sino que fui á verlo para contarlo. ¿Y quién me quitará el decir en adelante: «vi el de 1900»? ¿No vale esto dinero? Bien dijo Homero que los dioses traman las guerras para que los vendederos tengan algo que contar; ¿no sucederá lo mismo con los eclipses?

Llegué á casa con ansia de sueño, y llevando como recuerdo del eclipse los dos discos ahumados y unidos por cuatro cachitos de papel de goma, con que vi el fenómeno. Los guardo en una cajita con esta inscripción: *Eclipse del 28 de mayo de 1900—Plasencia*. Los plasentinos, por su parte, piensan poner en el cerro del Berrocalillo en que han estado las instalaciones de las comisiones de astrónomos una lápida conmemorativa en voto de gracias á la empresa, quiero decir, á la Providencia, que escogió á nuestra patria para escenario de una función tan provechosa á la astronomía y en nuestra patria á Plasencia como uno de los sitios privilegiados para la celeste tramoya.

Váseme desvaneciendo el recuerdo, pero aun veo aquel anillo luminoso que con tanta ansia bebíamos con los ojos, ávidos de esculpirlo en nuestra retentiva.

Y conste que vi el de 1900.

MIGUEL DE UXAMUNO.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S